



BUG-JARGAL.

I.



CUANDO le llegó el turno al capitán Leopoldo de Auvernery, abriendo mucho los ojos, confesó á la reunión que no encontraba en su vida suceso alguno que fuese digno de referirse y de llamar la atención.

—Pero, capitán, le contestó el teniente Enrique, ¿no habeis viajado y recorrido el mundo? ¿No habeis visitado las Antillas, el Africa, la Italia, la España?... Aquí teneis á vuestro perro cojo.

Extremecido Auvernery, dejó caer el cigarro y se volvió bruscamente hácia la entrada de la tienda de campaña, en el momento en que un perro grande corría hácia él cojeando.

Al aproximársele, aplastó el perro el cigarro del capitán, sin que éste se apercibiese; el animal le lamió los piés, le acarició con el rabo, brincó de alegría y despues se acostó delante de él. El capitán le acariciaba maquinalmente con la mano izquierda, apartando con la derecha la carrillera del casco y repitiendo de vez encuando:—Ya estás aquí, Rask?... Quién te ha traído?

—Con vuestro permiso, mi capitán...

Hacia ya algunos minutos que el sargento Tadeo habia levantado la cortina

de la tienda y estaba de pié, llevando oculto el brazo debajo del capote, con lágrimas en los ojos, contemplando en silencio el desenlace de aquella Odisea. Al fin aventuró estas palabras: *Con vuestro permiso, mi capitán.*

—Ah! eres tú, Tadeo? y ¿cómo pudiste...? pobre perro! Ya le creia yo en el campamento inglés. ¿Dónde le has encontrado?

—¡Gracias á Dios, mi capitán, me veis tan ufano y contento como vuestro sobrino cuando le haciais declinar *cornu*, el cuerno; *cornu*, del cuerno.

—Pero dime, dónde le hallaste?

—No le hallé; le fui á buscar.

El capitán se levantó y alargó la mano al sargento, pero la mano de éste permaneció envuelta en el capote: Auvernery no lo notó.

—Es que, mi capitán, desde que se perdió el pobre Rask, me apercibí, con el permiso de estos señores, de que os faltaba algo. Para deciroslo todo, creo que la noche que no vino, como de costumbre, á participar de mi pan de munición, faltó poco para que el veterano Thad se echase á llorar como un niño. Pero no, que yo, á Dios gracias, solo he llorado dos veces en mi vida: la primera... cuando... el día en que... El sargento miraba con inquietud al capitán.

—La segunda, cuando se le metió en el caletre al estúpido de Baltasar, cabo de la séptima media brigada, hacerme pelar un manojo de cebollas.

—Me parece, Tadeo, exclamó riendo Enrique, que no nos habeis dicho por qué llorásteis la primera vez.

—¿Sin duda fué cuando recibiste la acolada de la Torre de Auvergne, primer granadero de Francia? preguntó con afectación el capitán, acariciando al perro.

—No, no, mi capitán; si alguna vez pudo llorar el sargento Tadeo no debe caberos duda de que debió ser el día en que ordenó hacer fuego contra Bug-Jargal, por otro nombre Pierrot.

Anublóse el rostro, antes risueño, de Auvernery y se aproximó con prontitud al sargento para estrecharle la mano; pero á pesar de querer honrarle de ese modo, el veterano Tadeo retuvo la mano siempre oculta debajo del capote.

—Sí, sí, mi capitán, continuó Tadeo, retrocediendo dos pasos, mientras que Auvernery fijaba en él miradas de pensosa expresion.

—Sí, sí, lloré entonces por él; lo merecía. Verdad es que era un negro, pero también es negra la pólvora con que se carga el cañon y...

El bueno del sargento hubiese querido terminar con acierto esa comparacion; en ese simil habia algo agradable para su pensamiento, pero inútilmente probó á expresarlo; y despues de atacar, por decirlo así, su idea en todos los sentidos, como el general en jefe de un ejército que se estrella contra una plaza fuerte y levanta bruscamente el sitio, siguió su relato, sin preocuparse de la sonrisa que asomó á los labios de los jóvenes oficiales que le escuchaban.

—Decidme, mi capitán, ¿os acordais de aquel pobre negro cuando llegó sofocado, cuando ya estaban allí sus diez compañeros? Verdaderamente fué preciso atarlos. Yo mandaba allí. ¿Y cuando los desató él mismo para ocupar su puesto, aunque ellos no querian? Pero fué inflexible. Oh, qué hombre! ¿Era un verdadero Gibraltar! ¿Recordais, mi capitán, cuando se mantenía tieso, como si fuese á bailar, y que su perro, este mismo Rask, que comprendió lo que le iba á suceder á su amo, se abalanzó á mordirme?...

—Cuando llegas á ese pasaje de tu historia, interrumpió el capitán, Tadeo, siempre acaricias á Rask... observa cómo te mira...

—Teneis razon, contestó el sargento con embarazo; me mira el pobre Rask, pero... pero la vieja Malagrida me dijo que es de mal agüero acariciar con la mano izquierda.

—Y por qué no con la derecha? preguntó sorprendido Auvernery, fijándose por primera vez en que Tadeo tenia la mano envuelta en el capote y el semblante extraordinariamente pálido.

Con estas observaciones aumentó la turbacion del sargento.

—Con vuestro permiso, mi capitán, es que... teniais ya un perro cojo, y temo que acabeis por tener un sargento manco.

El capitán saltó de su asiento.

—Cómo! qué dices, Tadeo?—A ver el brazo... Auvernery temblaba, el sargento apartó el capote lentamente y ofreció ante la vista de su jefe el brazo envuelto en un pañuelo ensangrentado.

—Pero, Dios mio! qué es eso? exclamó el capitán desenvolviendo con mucho cuidado la envoltura del brazo.

—Pues nada... es muy sencillo. Os dije ya que habia observado vuestra pesadumbre desde que los malditos ingleses os robaron el perro, el pobre Rask, el dogo de Bug... basta. Hoy me propuse recuperarle, aunque me costase la vida, para poder ya cenar esta noche con apetito; y así, despues de recomendar á Mathelet que cepillase vuestro uniforme de gala, porque mañana es el día de la batalla, desaparecí del campamento, sin más armas que mi sable, y emprendí el camino á través de los setos para llegar más pronto al campamento de los ingleses. Antes de llegar á los primeros atrincheramientos ví un numeroso grupo de soldados vestidos de rojo, en un bosquecillo de la izquierda. Avancé con la idea de olfatear lo que era aquello; ellos no reparaban en mí, pero yo ví en medio de ellos á Rask, atado á un árbol, mientras que dos milores, desnudos de cintura arriba, como paganos, propinábanse el uno al otro sendos puñetazos, que producian tanto ruido como el tambor de una media brigada. Eran dos ingleses desafiados, que se batian por vuestro perro. Pero hé aquí que Rask me vé y me conoce, y dá tal sacudida, que rompe la cuerda que lo amarraba y vino corriendo á buscarme. Claro es que los demás no estuvieron quietos. Yo corrí hácia el bosque; Rask me siguió, y multitud de balas silbaron en mis oidos. Rask ladraba, pero dichosamente los ingleses no podian oirle, porque sofocaban los ladri-

dos con sus gritos de: *French dog! French dog!* como si este hermoso perro no hubiera nacido en Santo Domingo. Pero no hago caso: atravieso el bosque, y ya iba á salir de él, cuando dos soldados colocados se presentan delante de mí. Uno de ellos cae bajo los golpes de mi sable, y me hubiera desembarazado también del otro á no llevar, como llevaba, una pistola cargada con bala. Aquí está la prueba, en mi brazo derecho, pero ¡no importa! *French dog* le saltó al cuello y el inglés cayó extrangulado; le abrazó con gran violencia. Pero ¿por qué ese pobre diablo me perseguía como un pobre persigue á un seminarista? En fin, Tadeo volvió al campamento y Rask también. Lo único que siento es que Dios no me haya reservado este accidente para la batalla de mañana.

Las facciones del veterano sargento se entristecieron con la idea de haber recibido la herida fuera de la batalla.

—Tadeo! gritó irritado el capitán; y despues, dulcificando la voz, añadió: ¿estás loco para exponer así la vida por un perro?

—No era por un perro, mi capitán, era por Rask.

El rostro de Auvernery se serenó de repente: el sargento continuó:

—Por Rask, por el dogo de Bug...

—Basta, basta, gritó el capitán, cubriéndose los ojos con la mano.—Vamos, añadió despues de breve silencio, apóyate en mi brazo y ven conmigo á la ambulancia.

Tadeo obedeció, despues de oponer respetuosa resistencia. El perro, que habia de gozo medio roido la magnífica piel de oso en que se sentaba su amo, se levantó y siguió á los dos.

II.

Este episodio excitó vivamente la curiosidad de los jóvenes narradores.

El capitán Leopoldo de Auvernery era uno de esos hombres que en cualquiera posición que la casualidad de la naturaleza ó el movimiento de la sociedad les coloque, inspiran siempre cierto respeto y cierto interés. Al primer golpe de vista nada presentaba llamativo, sin embargo; sus modales eran frios, sus miradas indiferentes. El sol de los trópicos, al broncear su semblante, no le hizo adquirir la vivacidad de gesto y de palabra que vá unida en los criollos á una molicie graciosa con frecuencia. Auvernery hablaba poco, escuchaba raras veces,

mostrándose siempre dispuesto á obrar. Era el primero que montaba á caballo y el último que se retiraba á la tienda de campaña, como buscando en las fatigas corporales distraccion á sus pensamientos. Sus pensamientos, que habian grabado su triste severidad en las arrugas precoces que surcaban su frente, no eran de los que se desechan comunicándolos, ni de los que en una conversacion frívola se mezclan voluntariamente con las ideas de los demás. Leopoldo de Auvernery, al que los trabajos de la guerra no debilitaban la fuerza corporal, parecia causarle insoportable fatiga lo que llamamos las luchas del espíritu. Huía de las discusiones y buscaba las batallas. Si algunas veces se dejaba arrastrar á un combate de palabra, pronunciaba tres ó cuatro frases llenas de sentido y de razon; pero despues, en el acto de vencer á su adversario, deteníase de improviso, diciendo: *de qué sirve esto?* y salía para preguntar al comandante qué debia hacer mientras esperaba la hora de entrar á la carga ó de dar el asalto.

Sus compañeros hasta justificaban sus hábitos frios, reservados y taciturnos, porque en todas las ocasiones le encontraban bravo, bueno y benévolo. Habia salvado alguna vez la vida á sus camaradas, exponiendo la suya, y á éstos les constaba que si el capitán abria la boca raras veces, la bolsa nunca la tenia cerrada. Era querido en el ejército y se le perdonaba la especie de veneracion que consiguió adquirir.

Era muy joven, porque aunque aparentaba tener treinta años, estaba lejos de tenerlos. Aunque hacia ya tiempo que combatia en las filas republicanas, no se conocian sus aventuras. El solo sér que, además de Rask, pudo arrancarle alguna viva demostracion de afecto, era el veterano sargento Tadeo, que entró al mismo tiempo que él en el cuerpo y nunca le abandonaba, y relataba con vaguedad alguna vez alguna circunstancia de la vida de Auvernery. Sabíase que éste habia experimentado grandes desgracias en América, que se casó en Santo Domingo; que perdió á su esposa y á toda su familia en las matanzas que señalaron la invasion de la revolucion en esa magnífica colonia. En esa época de nuestra historia eran tan comunes los infortunios de ese género, que se formó una especie de compasion general, de la que cada uno tomaba y llevaba su parte. Compadeciase, pues, al capitán Auvernery, no tanto por las

pérdidas que había sufrido, como por su manera de soportarlas, que al través de su indiferencia glacial vislumbrábase á veces el estremecimiento de una llaga interior incurable.

Desde el momento en que entraba en batalla se serenaba su frente; mostrábase intrépido en la acción, como si deseara ascender á general, y modesto despues de la victoria, como si no quisiese ser más que simple soldado. Sus compañeros, al verle desdeñar honores y grados, no alcanzaban á comprender por qué antes del combate parecía que los deseaba, sin adivinar que el capitán Auvernery, de todas las fortunas de la guerra, únicamente deseaba la muerte.

Los representantes del pueblo que desempeñaban una misión en el ejército, un día le nombraron jefe de brigada sobre el campo de batalla, y rehusó este ascenso, porque al separarse de la compañía era preciso abandonar al sargento Tadeo. Algunos días despues se ofreció á conducir una expedición peligrosa, y regresó de dicha expedición sano y salvo, contra la expectación general y contra su propia esperanza. Oyóse entonces decir que sentía no haber aceptado la graduación que rehusó:—"Supuesto que el cañon me respeta siempre, la guillotina, que hiere á todos los que se elevan, quizás no me hubiera respetado."

III.

Al era el hombre sobre el que se estableció la siguiente conversación en cuanto salió de la tienda de campaña.

—Apostaría cualquier cosa, dijo el teniente Enrique, limpiándose una bota en la que el perro al pasar dejó una mancha de barro, apostaría cualquier cosa á que el capitán no daría la pata rota de Rask por diez canastos de vino de Madera que vimos el otro día en el furgon del general.

—Calla, calla, contestó el ayudante Paschal, que eso sería hacer un mal negocio. Los canastos ahora ya están vacíos: treinta botellas vacías, habeis de convenir conmigo, teniente, no valen tanto como la pata de ese pobre perro, que en último caso podría servir para llamador de una campanilla.

La reunión se echó á reír por el tono grave con que el ayudante pronunció las anteriores palabras. El joven oficial de húsares, Alfredo, único que permanecía serio, dijo con descontento:

—No veo, señores, que haya motivo

para chancearse con lo que acaba de pasar. Tanto el perro como el sargento, que siempre he visto al lado de Auvernery, me parecen susceptibles de inspirarnos interés. En fin, esa escena...

Paschal, picado del descontento de Alfredo y del buen humor de los otros, le interrumpió:

—Sí, esa escena es muy sentimental! Un perro recobrado y un brazo roto!

—Capitán Paschal, no teneis razón, contestó Enrique, arrojando fuera de la tienda de campaña la botella que acababa de vaciar; ese Bug, por otro nombre Pierrot, pica singularmente mi curiosidad.

Paschal, que iba á incomodarse, se apaciguó al notar que su vaso, que creía vacío, estaba lleno. Auvernery volvió á entrar y se sentó silenciosamente en su sitio. Venía pensativo, pero con el rostro sereno. Parecía tan preocupado, que no oía nada de lo que se hablaba á su alrededor. Rask, que entró con él, se acostó á sus pies, mirándole con aire inquieto.

—Vuestro vaso, capitán Auvernery... probad este vino.

—Gracias á Dios, contestó el capitán, creyendo responder á lo que le dijo Paschal, la herida no es peligrosa; no hay rotura en el brazo.

Solo el respeto involuntario que el capitán inspiraba á sus compañeros contrajo la carcajada que estuvo á punto de salir de los labios de Enrique.

—Suponiendo, pues, que ya no debe inquietarnos el estado de Tadeo y que convenimos en referir cada uno una aventura para abreviar esta noche de vivac, espero, querido amigo, que cumplais el compromiso contraído, relatándonos la historia del perro cojo y de Bug... no sé cómo, por otro nombre Pierrot.

A esta invitación, hecha entre serio y broma, nada hubiera respondido Auvernery si los demás circunstancias no hubieran hecho coro al teniente.

Por fin cedió á los ruegos de sus compañeros.

—Pues, señores, voy á satisfacer vuestra curiosidad, pero no espereis oír más que una sencilla anécdota, en la que yo juego papel secundario. Si el afecto que nos profesamos Tadeo, Rask y yo os hace esperar una historia interesante, os prevengo que os llevareis chasco. Empiezo, pues.

Reinó profundo silencio. Paschal vació de un solo trago su calabaza, que contenía aguardiente; Enrique se envolvió

con la piel de oso semi-roída para preservarse del frío de la noche, y Alfredo acabó de tararear la canción de *Mata Perros*.

Auvernery permaneció un momento pensativo como trayendo á la memoria sucesos ya mucho tiempo reemplazados por otros; al fin tomó la palabra lentamente, hablando en voz baja y haciendo frecuentes pausas.

IV.

Nací en Francia, pero siendo muy joven me enviaron á Santo Domingo á casa de uno de mis tíos, colono muy rico, con cuya hija estaba convenido mi matrimonio.

Las habitaciones de mi tío estaban inmediatas al castillo de Galifet y sus plantaciones ocupaban casi todas las llanuras del Acul.

Esa desgraciada posición, cuya referencia creereis que debe ofrecer poco interés, fué una de las primeras causas de los desastres y de la ruina total de la familia.

Ochocientos negros cultivaban los inmensos dominios de mi tío, y debo confesaros que la triste condición de esos esclavos la agravaba todavía la insensibilidad de su dueño. Era mi tío uno de esos colonos que escasean por fortuna, á los que el largo hábito del despotismo había endurecido el corazón. Acostumbrado á que le obedecieran á la más insignificante mirada, la menor vacilación por parte del esclavo era castigada con sumo rigor, y con frecuencia la intercesión de sus hijos solo servía para aumentarle la cólera, por lo que nos velamos su hija y yo obligados á limitarnos á aliviar en secreto males que no podíamos evitar.

—Vaya! exclamó Enrique en voz baja, dirigiéndose al que tenía á su lado; ¡palabras y nada más que palabras! Espero que el capitán no dejará pasar las desgracias de los citados negros sin alguna disertación acerca de los deberes que impone la humanidad, etc. No se hubiera podido pasar por otra cosa en el club de Massiac (1).

—Os doy gracias, Enrique por el aviso que me libra de ponerme en ridículo,

contestó con frialdad Auvernery, que había oído lo anterior.

Despues prosiguió:

—Entre todos los esclavos, uno solo supo captarse el afecto de mi tío; era un enano español, zambo de color (1), que le regaló Effingham, gobernador de la Jamaica.

Mi tío, que residió mucho tiempo en el Brasil, contrajo allí los hábitos del fausto portugués, y le gustaba rodearse en su casa de un aparato que correspondiese á su riqueza. Numerosos negros dedicados al servicio, como los criados europeos, daban á su residencia cierto brillo señorial. Para que en todo tuviese ese carácter, hizo su bufon del esclavo que le regaló lord Effingham, á imitación de los antiguos príncipes feudales. Hay que convenir en que tuvo acierto en la elección. El zambo Habibrah (así se llamaba) era uno de esos seres de tan extraña conformación física, que parecerían monstruos si no movieran á risa. Aquel enano repugnante era gordo, rechoncho, ventrudo, y movía con singular rapidez sus piernas, delgadas y endebles, que cuando se sentaba quedaban plegadas debajo de él como las patas de una araña. Su cabeza enorme, pesadamente hundida entre las espaldas, estaba erizada de lana roja y crespa, teniendo por apéndice descomunales orejas, de las que decían sus camaradas que Habibrah se servía para enjugarse las lágrimas cuando lloraba. Su rostro era una continua mueca, pero mueca siempre distinta; ostentaba extraña movilidad de facciones, que al menos daba á su fealdad la ventaja de la variedad; mi

(1) Será conveniente una explicación para la mejor inteligencia de dicha palabra. Al desarrollar M. Moreau de Saint-Mery el sistema de Franklin, clasificó en especies genéricas los diferentes matices que presentan las mezclas de las poblaciones de color.

Supone que el hombre constituye un todo de ciento veintiocho partes, blancas entre los blancos y negras entre los negros. Partiendo de este principio, establece que se está tanto más cerca ó más lejos del uno ó del otro color, cuanto nos aproximamos ó alejamos más del término sesenta y cuatro que les sirve de medio proporcional. Según dicho sistema, todo hombre que no tenga ocho partes de blanco, es reputado negro. Avanzando de este color hacia el blanco, distingúense nueve troncos principales, que entre sí constituyen otras variedades, según el mayor ó menor número de partes que retienen de uno á otro color. Estas nueve especies son: *El quinceron salto atrás, el zambo, el morabito, el mulato, el cuarteron salto atrás, el mestizo, el mameuco, el cuarteron y el quinceron.*

El quinceron, al continuar su unión con el blanco, acaba en cierto modo por confundirse con este color. Asegúrase, no obstante, que siempre conserva en una parte del cuerpo la imborrable traza de su origen.

El zambo es resultado de cinco combinaciones, y puede tener desde veinticuatro hasta treinta y dos partes blancas y noventa y seis ó ciento cuatro negros.

(1) Para la inteligencia de nuestros lectores, diremos que el club *Massiac* era una asociación de negrófilos. Dicho club, formado en París al alborar la Revolución, provocó la mayor parte de las insurrecciones que entonces estallaron en las colonias.

tio le profesaba afecto por su rara deformidad y por su inalterable buen humor. Habibrah era su favorito. Mientras los demás esclavos veíanse agobiados de excesivo trabajo, Habibrah no tenía otro encargo que el de llevar detrás de su amo un largo abanico de plumas de pájaros del paraíso para espantar los mosquitos y demás volátiles incómodos. Mi tío le hacía comer á sus piés sentado en una esterilla de juncos, y poníale siempre de su propio plato algún resto de sus manjares predilectos. Por su parte, Habibrah mostrábase agradecido á tantas bondades, usando solo de sus privilegios de bufon y del derecho de hacer y de decir cuanto se le antojase, para divertir á su amo con mil locas palabras acompañadas de contorsiones, y al menor signo de mi tío acudía con la agilidad de un mono y con la sumisión de un perro.

Me era antipático aquel esclavo. En su servidumbre había algo demasiado rastrero, y si es verdad que la esclavitud no deshonorra, la domesticidad envilece. Miraba yo con piadosa benevolencia á los desgraciados negros que veía trabajar todo el día sin que un mal guiñapo tapara sus caderas; pero aquel farsante deforme, aquel esclavo holgazan, con sus ridículos trajes llenos de galones y de cascabeles, solo desprecio me inspiraba. Por otra parte, el enano no aprovechaba en favor de sus hermanos el crédito que sus bajezas le habían proporcionado con el amo común; nunca pidió que perdona-se á ningún otro esclavo á su señor, tan severo en el castigo; al contrario, un día que creyó que estaba solo con mi tío, le inducía á ser más severo aun con sus infelices compañeros. Sin embargo de que los otros esclavos debieran tener celos y desconfianza de él, no parecía que le odiaban; les inspiraba temor respetuoso, que en nada se asemejaba á la enemistad, y cuando le veían pasar por sus chozas, con su gorro puntiagudo adornado de campanillas, sobre el que llevaba trazadas extrañas figuras con tinta encarnada, decíanse unos á otros en voz baja: Es un *obi* (1).

Aunque os llamo la atención sobre esos detalles, yo no me fijaba en ellos entonces, estando, como estaba, entregado completamente á las puras emociones de un amor que nada contrariaba, de un amor sentido y compartido desde la infancia con la mujer que me estaba destinada; solo tenía fijos los ojos en el pensa-

(1) Hechicero.

miento de María. Acostumbrado desde la edad más tierna á considerar como á mi futura esposa á la que era casi una hermana, había nacido en ambos una ternura cuya índole no se comprendería con facilidad, aunque yo dijese que nuestro amor era una mezcla de abnegación fraternal, de exaltación apasionada y de confianza conyugal.

Pocos hombres han visto deslizarse tan dichosamente los primeros años de matrimonio como yo; pocos hombres han visto abrirse su corazón á la vida bajo un cielo tan hermoso y en acorde tan delicioso de dicha para el presente y de esperanza para el porvenir. Rodeado, casi desde la cuna, de todas las satisfacciones que proporciona la riqueza y de todas las prerogativas de la clase privilegiada en un país en que el color basta para adquirir las, pasando la vida al lado del sér en el que concentraba todo mi cariño, viendo este amor aplaudido por nuestros padres, únicos que hubiesen podido ponerle trabas; y todo esto en la edad en que la sangre hierve, en un país en el que el estío es eterno, en el que la naturaleza es admirable, ¿no debía tener fé ciega en la fortuna de mi destino? ¿No me asistía derecho para decir que pocos hombres han visto transcurrir tan felices sus primeros años?

El capitán calló un instante, como ensimismado en sus recuerdos; después prosiguió con acento profundamente triste: —Verdad es que también me asiste ahora el derecho de decir que para nadie se prepara más triste porvenir en los postreros años de la vida.

Como si el sentimiento de su desgracia le hubiera hecho recuperar las fuerzas, continuó con voz firme y segura.

V.

Viviendo de ciegas ilusiones y de falsas esperanzas cumplí los veinte años en el mes de agosto de 1791, época que fijó mi tío para celebrar la boda con María. Fácil os será comprender que el pensamiento de mi próxima dicha absorbía todas mis facultades y que debe ser muy vago el recuerdo que en mí dejaron los debates políticos que agitaban á la colonia hacia ya dos años, por lo que no os hablaré del conde de Peinier, ni de Blanchelande, ni del desgraciado coronel Mandit, que tan trágico fin tuvo. Tampoco os describiré las rivalidades de la Asamblea provincial del Norte, ni de la Asamblea colonial, que adoptó el título

de Asamblea general, porque le pareció que la palabra *colonial* sabía á esclavitud. Esas miserias, que entonces trastornaron todos los espíritus, hoy solo ofrecen interés por los desastres que produjeron. Si yo hubiese tenido que tomar parte en la rivalidad suscitada entre el Cabo y Puerto-Príncipe, me hubiera decidido necesariamente por el Cabo, cuyo territorio habitábamos, y en favor de la Asamblea provincial, de la que era miembro mi tío.

Solo una vez tomé parte activa en los asuntos de actualidad, y fué con motivo del desastroso decreto de 15 de Mayo de 1791, por el cual la Asamblea nacional de Francia admitía á los hombres de color libres á disfrutar de idénticos derechos políticos que los blancos. En un baile que dió el gobernador de la ciudad del Cabo, varios jóvenes colonos hablaban con vehemencia contra esa ley, que tan cruelmente hería el amor propio de los blancos. Todavía yo no había terciado en la conversacion, cuando ví que se acercaba al grupo un rico plantador, que los blancos admitían con disgusto en sus reuniones, y cuyo color equívoco hacia sospechar su origen. Avancé bruscamente hasta él y le dije en voz alta: —Pasad de largo, señor mío, que aquí se dicen cosas que han de ser desagradables para vos, por cuyas venas circula sangre mezclada.—Esta imputación irritó de tal manera que me desafió. Nos batimos, y los dos quedamos heridos. Confieso que hice mal en provocarle; pero creo al mismo tiempo que lo que se llama *la preocupación del color* no fué el principal motivo de su irritación; ese hombre hacia ya tiempo que tenía la audacia de fijar sus ojos en mi prima, y en el momento en que le humillé delante de todos de un modo tan inesperado venía de bailar con María.

Sea de esto lo que fuere, veía yo acercarse con cierta embriaguez el momento de poseer la mano de mi prima, y por consiguiente permanecí extraño á la efervescencia, siempre creciente, que hacia hervir todos los cerebros á mi alrededor. Fijos los ojos en mi próxima felicidad, no apercibía la espantosa nube que ya cubría casi por completo todos los puntos de nuestro horizonte político, y que al estallar desarraigaria nuestras existencias. No porque los espíritus más propensos á alarmarse pensaran entonces seriamente en la insurrección de los esclavos, pues se despreciaba demasiado á esta clase para temerla, sino porque

estaba encendido ya el odio entre los blancos y los mulatos libres, y ese volcan, por tanto tiempo comprimido, podía trastornar toda la colonia en el momento de estallar.

En los primeros días del mes de Agosto, cuya llegada deseé con tanto afán, un extraño incidente me sorprendió, inquietando mis tranquilas esperanzas.

VI.

Mi tío había hecho construir en las Porillas de un riachuelo que bañaba sus plantaciones un pabellón de ramas entrelazadas, rodeado de un espeso bosque, á donde iba María todos los días á respirar la frescura de las brisas del mar, que durante los más ardientes meses del año soplan ordinariamente en Santo Domingo desde la mañana hasta la noche, y cuya frescura aumenta ó disminuye con el calor mismo del día.

Cuidaba yo de adornar aquel retiro todas las mañanas con las flores más frescas y más lindas que podía coger.

Un día María corrió hácia mí muy asustada; al entrar, según costumbre, en su gabinete de verdura, vió con sorpresa y terror arrancadas y pisoteadas todas las flores con que yo lo había alfombrado por la mañana. Un ramo de caléndulas silvestres, acabadas de coger, ocupaba el sitio en que ella solía sentarse. Antes de volver en sí de su estupor oyó los acordes de una guitarra que salían del bosquecillo inmediato al pabellón, y una voz, que no era la mía, empezó á cantar suavemente una canción que le pareció española, en la que su turbación, y también acaso el virginal pudor, no la permitieron oír más que su nombre, repetido con frecuencia. Entonces huyó precipitadamente y nadie se opuso á su fuga.

Lo que María me contó me llenó de indignación y de celos. Mis primeras sospechas recayeron sobre el mulato libre con el que tuve el desafío; pero en la incertidumbre que se apoderó de mí resolví obrar con prudencia y no proceder con ligereza. Tranquilité á la pobre María y me propuse velar continuamente por ella, hasta el momento que me fuera permitido protegerla como esposo.

Presumiendo que el audaz, cuya insolencia asustó á María, no debía limitarse á esta primera tentativa para darla á conocer su amor, desde aquella misma noche me embosqué alrededor del edificio donde descansaba mi prometida, cuando

todos dormían ya en la plantación. Esperé armado con un puñal, escondido entre unas cañas de azúcar, pero no esperé inútilmente. A las doce de la noche sonó un prelude grave y melancólico á corta distancia de mí, que me llamó la atención y que me produjo el efecto de un choque eléctrico. Nació dicho prelude de una guitarra tocada debajo de la ventana de María. Furioso y blandiendo el puñal me precipité hácia el punto donde oía los sonidos, quebrando al pasar las frágiles cañas. De repente sentí que me asían y que me derribaban en tierra con una fuerza que me pareció prodigiosa; arrancáronme el puñal violentamente y pronto le ví brillar sobre mi cabeza. Al mismo tiempo dos ojos ardientes chispeaban en la sombra junto á los míos y una doble fila de dientes blancos, que divisé en las tinieblas, se abrían para dar paso á estas palabras, pronunciadas con el acento de la rabia: —“Ya te tengo! ya te tengo!”, Más atónito que aterrado, reluchaba en vano contra mi formidable adversario, y ya la punta del acero iba á penetrar en mis carnes, cuando María, á la que la guitarra y el tumulto de pasos y de palabras despertaron, apareció súbitamente en la ventana. Reconoció mi voz, vió brillar un puñal y lanzó un grito de angustia y de terror. Ese grito desgarrador paralizó la mano de mi victorioso antagonista; detúvose como petrificado por un encantamiento, movió con indecisión algunos instantes su puñal sobre mi pecho, y luego arrojó el arma de repente, diciendo en francés: “No, no, lloraría demasiado!”, Pronunciadas esas palabras desapareció por entre la espesura de los cañaverales, y al ponerme en pié, quebrantado por la desigual pelea, ningún vestigio quedaba que delatase la presencia de mi enemigo.

Difícil me será expresar lo que sentí en el momento de volver de mí estupor entre los brazos de mi amada María, para cuyo amor me conservaba el que parecía dispuesto á disputármela. Me indignaba ese rival inesperado y me causaba vergüenza de deberle la vida.—Verdaderamente, me decía mi amor propio, se la debo á María, porque el sonido de su voz bastó para que cayera el puñal de la mano de mi enemigo.—Pero esto no obstante, no desconocía que fué la generosidad el sentimiento que decidió á perdonarme á mi desconocido rival; pero... quién era ese rival? Me confundía en conjeturas, que todas luego se desva-

necian. No podía ser el plantador de *sangre mezclada*, de quien sospeché al principio; éste no poseía la fuerza extraordinaria de mi enemigo y tenía además otra voz. El individuo con quien yo luché estaba desnudo hasta la cintura, y solo los esclavos en la colonia iban así. Pero no podía ser un esclavo; sentimientos como el que le hizo arrojar el puñal no creía yo que pudieran brotar en el alma del siervo, y además mi orgullo no podía soportar la idea de tener por rival á un esclavo. Quién era, pues? Resolví tener paciencia y espiar.

VII.

María despertó á su anciana nodriza que la servía de madre, á la que perdió estando aun en la cuna. Pasé á su lado el resto de la noche, y cuando amaneció informamos á su tío del inexplicable suceso. Se sorprendió en extremo, pero su orgullo, igual al mío, no creyó que el amante desconocido de su hija pudiese ser un esclavo. Mandó á la nodriza que no abandonase á María ni un solo momento, y como las sesiones de la Asamblea provincial, las inquietudes que causaban á los principales colonos, la actitud, cada vez más amenazadora, de los asuntos coloniales y los trabajos de las plantaciones no permitían que tuviese mi tío un solo instante de reposo, me autorizó para que acompañase á su hija en todos sus paseos hasta el día del matrimonio, que fijó para el 22 de Agosto. Al mismo tiempo, presumiendo que el nuevo pretendiente solo había podido venir de fuera, ordenó que el recinto de sus dominios fuese en lo sucesivo vigilado de día y de noche con mayor severidad que antes.

Adoptadas estas precauciones, quise hacer una prueba, de acuerdo con mi tío. Dirigíme al pabellón del río y, reparando el desorden de la vispera, le adorné otra vez con las flores frescas con que tenía costumbre de embellecerlo para complacer á María.

Cuando llegó la hora en que ésta solía retirarse, tomé una carabina cargada con bala y propuse á mi prima acompañarla á su pabellón. La vieja nodriza también venía con nosotros.

María, sin que supiera la transformación que yo operé en el pabellón, fué la primera que penetró en él.

—Mira, Leopoldo, me dijo: esto está en el mismo estado de desorden que lo dejé ayer; míralo, todo echado á perder,

marchitas las flores y arrancadas; lo que me admira es que ese ramo de caléndulas silvestres no esté mustio. Parece que esas flores estén recién cogidas.

La sorpresa y la cólera me dejaron inmóvil. En efecto; estaba ya destruido mi trabajo de la madrugada, y esas flores, cuya frescura sorprendió á María, ocupaban con insolencia el sitio que yo sembré de rosas.

—Sosíégate, me dijo María al notar mi agitación, sosíégate; esto es asunto concluido y ese insolente no volverá ya; pisoteemos este detestable ramo.

Guardéme bien de desengañarla por no asustarla otra vez; y sin decirle que el que, según ella, no debía volver ya, ya había vuelto, dejé que pisoteara las caléndulas, llena de inocente indignación. Después, esperanzado de que hubiera llegado la hora de conocer á mi misterioso rival, hice sentar á María entre su nodriza y yo.

Apenas nos sentamos, María aplicó un dedo á mi boca; algunos sonidos, debilitados por el viento y por el murmullo del agua, llegaron á sus oídos. Escuché; era sin duda el mismo prelude triste y lento que la noche anterior despertó mi indignación y mi cólera: quise levantarme, pero me lo impidió un gesto de María.

—Leopoldo, me dijo en voz baja, contente; vá á cantar, y sin duda la canción nos le dará á conocer.

En efecto, una voz, cuya armonía tenía algo de varonil y de plañidera al mismo tiempo, salió á poco del fondo de la arboleda acompañando á su guitarra una canción española, de la que cada palabra resonó tan profundamente en mis oídos, que mi memoria aun recuerda muchos de sus conceptos.

“Por qué me huyes, María? ¿Por qué me huyes? ¿Por qué ese terror cuando me oyes? Soy, en efecto, muy temible! Se amar, sufrir y cantar.

“Cuando por entre las gallardas ramas de los cocoteros de la orilla veo deslizarse tu forma ligera y pura, el vértigo turba mi vista, oh María! y creo ver pasar un ángel.

“Cuando oigo los acentos encantadores que se exhalan de tu boca como una melodía, me parece que el corazón me palpita en el oído y mezcla su melancólico tic tac con tu voz armoniosa. Tu voz es más dulce para mí que el canto de los pajarillos que baten sus alas en el cielo y vienen de los campos de mi patria.

“De mi patria, donde yo era rey; de mi patria, donde yo era libre.

“Libre y rey, oh María! todo esto lo olvidaré por tí; olvidaré por tí reino, familia, deberes y venganza; sí, hasta la venganza, y eso que ya se acerca el momento de coger ese fruto amargo y delicioso que madura tan tarde!,”

La voz cantó las estrofas precedentes haciendo en ellas frecuentes y dolorosas pausas; pero de aquí en adelante adquirió terrible acento:

“Oh María! seméjaste á la hermosa palmera, á la que las auras rizan blandamente; y te miras en los ojos de tu joven amante, como la palmera en el agua diáfana de la fuente.

“Pero no sabes que hay tal vez en el fondo del desierto un huracán envidioso de la muerte de la fuente querida; llega, y el aire y la arena se esparcen al batir sus pesadas alas, y rodea al árbol y al manantial de un torbellino de fuego; y la fuente se deseca, y la palmera siente que estrecha el círculo verde de sus hojas el hálito de la muerte.

“Tiembla, ¡oh blanca hija de Española! (1) Tiembla! que pronto solo verás á tu alrededor el huracán y el desierto! Entonces echarás de menos el amor que hubiera podido conducirte hasta mí, como el dulce Kathá, el ave de salvación que guía al viajero á la cisterna en las arenas del Africa.

“Por qué rechazas mi amor, María? Yo soy rey y mi frente se levanta sobre todas las frentes humanas. Tú eres blanca y yo soy negro; pero el día necesita unirse á la noche para producir la aurora y el crepúsculo de la tarde, que son más hermosos que él.”

VIII.

Un doliente y prolongado suspiro acompañó á las últimas notas que sonaron en la guitarra. Yo estaba loco. —“Rey! Negro! Esclavo!”, Mil ideas incoherentes, despertadas por la inexplicable canción que acababa de oír, se arremolinaban en mi cerebro. Violenta necesidad de acabar con el sér desconocido, que se atrevía á asociar de ese modo el nombre de María á cantos de amor y de amenaza, se apoderó de mí. Cogí convulsivamente la carabina y me lancé fuera del pabellón. Aterrada María, tenía aun los brazos extendidos para de-

(1) Primer nombre que dió Cristóbal Colón á la isla de Santo Domingo cuando fué descubierta en Diciembre de 1492.